

copa, arrebatándola de la mano de la doncella, se puso á buscar, al parecer, el sitio, que habían tocado los labios de la reina, y aplicando los suyos al mismo paraje, se bebió de una sola vez el licor que la boca de la soberana apenas había desflorado. Los perdidos colores de Isabel se presentaron rápidamente en sus mejillas : esta acción del conde no dejaba género alguno de duda ; así es que fué notada, á pesar de la rapidez con que pasó, de modo que aquella noche fué el objeto de muy diversas conversaciones en la corte, conviniendo, sin embargo, aun los más opuestos en opiniones, que había sido demasiada temeridad en el duque tomarse semejante libertad con la mujer de su señor y amo. También estuvieron los pareceres acordes en declarar que la reina había estado algún tanto más indulgente que lo regular en no haber desaprobado semejante conducta de un modo más expresivo.

Felizmente, un nuevo espectáculo vino á distraer al público de este incidente : estaban entonces frente al convento de la Trinidad, delante de cuya puerta se había construído un tablado en forma de teatro, sobre el que iba á representarse el paso de armas del rey Salbh-Eddin. Estaban, pues, los cristianos colocados en un lado y los sarracenos en

el otro ; veíanse en ambas tropas los grandes personajes que habían figurado en aquellas hermosas justas : los actores que los representaron llevaban las armaduras del siglo trece y los escudos y divisas de aquellos cuyos papeles hacían. El rey Felipe Augusto estaba sentado en el fondo, y en pie alrededor suyo los doce pares de Francia. Así que la litera de la reina hizo alto, salió de entre las filas Ricardo Corazón de León, se acercó al rey Felipe, é hincando una rodilla en tierra le pidió permiso para ir á combatir á los sarracenos : el rey le concedió bondadosamente su permiso. Levantándose entonces Ricardo se unió con su gente, la puso en orden de batalla y cargó sobre los infieles. Obstinado fué el combate ; pero al fin los cristianos quedaron vencedores, poniendo en completa derrota á sus enemigos. Parte de los fugitivos se salvaron huyendo por las ventanas del convento, que estaban á piso llano con el tablado, y abiertas con este objeto ; sin embargo, no todos pudieron huir, pues cayeron muchos en poder de sus adversarios : Ricardo Corazón de León condujo á los pies de la reina á los prisioneros ; Isabel pidió su libertad y dió un brazalet de oro por su rescate.

— ¡ Oh ! dijo entonces el duque de Turenna apoyando su mano sobre la litera, si hubiera sabido

que reservabais esa recompensa al vencedor, os juro que nadie más que yo hubiera hecho el papel de Ricardo.

Isabel fijó entonces la vista en el segundo brazalete que adornaba todavía uno de sus brazos, reprimiendo este primer movimiento que había manifestado lo que en su interior pasaba.

— Sois un loco, señor conde, le dijo : semejantes juegos solo son propios de los farsantes y bufones, y sentarían muy mal en la persona del hermano del rey.

El duque de Turena iba á contestar, sin duda, mas Isabel mandó continuar la marcha ; y volviéndose hacia el duque de Borbón, trabó con él tan animada plática, que llegaban ya á la segunda puerta de San Dionisio, conocida por la de los Pintores, y demolida en tiempo de Francisco I, y todavía la reina no había vuelto á mirar á su cuñado. Al frente de esta puerta veíase un castillo perfectamente imitado, en cuyo cielo, estrellado como el de la primera puerta, resplandecían con toda su majestad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo : veíanse en torno de la Santísima Trinidad crecido número de niños cantando dulcemente el *Gloria* y el *Veni Creator* : no bien había pasado la reina, cuando abriéndose la puerta del paraíso, dió

paso á dos ángeles circundados de aureolas de oro, pintadas las alas, vestidos de color de rosa el uno, y de azul el otro, y calzando sus pies vistosas sandalias bordadas de plata. Al desprenderse de aquel hermoso cielo traían en las manos una rica corona de oro guarnecida de piedras preciosas, y volando hasta ponerse al lado de la reina, en cuya cabeza colocaron la corona, cantaron esta cuarteta :

Dame enclose entre fleurs de lys
 Vous êtes reine de Paris,
 De France et de tout pays,
 Nous en rillons en Paradis (1).

Al llegar al último verso se remontaron otra vez al cielo, cuyas puertas se cerraron detrás de ellos. Sin embargo, nuevos personajes esperaban á la reina al otro lado de la puerta, de cuya presencia vinieron á avisarla para que su aspecto no la asustase, lo que probablemente hubiera sucedido sin esta precaución ; presentáronse, en efecto, los diputados de los seis gremios de mercaderes, que traían un palio y venían á reclamar el antiguo privilegio que les autorizaba á acompañar á los reyes y á las reinas de Francia cuando entraban

(1) Te saludamos, hermosa dama, que vienes circundada de flores de lis, porque eres la reina de París, de Francia y de todo el país, y nos volvemos al paraíso.

en París, desde la puerta San Dionisio hasta palacio. Seguíanles los representantes de los diferentes gremios de artesanos vestidos con trajes de ceremonia figurando los siete pecados mortales, soberbia, avaricia, pereza, lujuria, envidia, cólera y gula; y en contraposición las siete virtudes cristianas, fe, esperanza, caridad, templanza, justicia, prudencia y fortaleza, y en medio estaban formando un grupo aparte la muerte, el purgatorio, el infierno y el paraíso. Á pesar de que la reina estaba prevenida, no pudo menos de sentir cierta repugnancia en entregarse en manos de aquella mascarada. Dolíale en el alma al duque de Turena dejar el sitio que ocupaba al lado de la reina, pero no hubo remedio, porque el pueblo rodeaba á S. M. pidiéndole el cumplimiento de sus privilegios vigentes. El duque de Borbón con los demás nobles y grandes se había separado ya del coche; solo el conde de Turena se obstinaba en no abandonar la litera.

— ¿ Os place, caballero, ceder vuestro puesto á esas buenas gentes, ó esperáis por ventura á que yo os despida ?

— Sí, mi reina y señora, respondió el duque, esperaba vuestras órdenes y una mirada que me diese fuerza para obedecerlas

— Señor, dijo Isabel inclinándose hacia el duque, no sé si nos volveremos á ver esta noche; espero, pues, no olvidaréis que mañana seré, no sólo reina de Francia, sino también de las justas, y que este brazalete será el premio del vencedor.

El duque se inclinó profundamente. Los que estaban lejos del paraje donde pasaba esta escena, solo vieron en el saludo una de las señales de respeto que todo vasallo, aunque sea príncipe, debe á su reina; sin embargo, no faltó alguno de los que estaban más inmediatos, que clavando su mirada investigadora en el estrecho intervalo que mediaba entre el caballo y la litera, creyese observar que los labios del duque se habían besado más largo tiempo del que permitía la etiqueta de un besamanos.

Tuviesen ó no razón estos maliciosos observadores, nosotros solo diremos que el duque rebotaba alegría y felicidad al separarse de Isabel, la que cubriéndose el rostro con las largas bandas que caían de su tocado, se miraron ambos con una mirada de fuego por medio de aquella gasa complaciente: el duque, picando entonces á su caballo, fué á ocupar al lado de su mujer el sitio del condestable de Clissón. Mientras pasaba esto, los seis gremios de mercaderes se colocaron tres á

cada lado de la litera sosteniendo el palio, bajo el cual llevaban á la reina; seguían á éstos las virtudes cristianas y los pecados mortales, detrás de los cuales venían con toda la gravedad que de suyo exigía el papel que representaban la muerte, el purgatorio, el infierno y el paraíso. La comitiva volvió, pues, á romper la marcha, cuyas ordenadas filas se vieron interrumpidas por un accidente singular.

Dos hombres montados en un mismo caballo causaban el mayor estrépito hacia la confluencia de la calle de los Lombardos y la de San Dionisio; parecía imposible que hubiesen podido llegar hasta tal punto penetrando por la inmensa turba que obstruía la calle; aunque á decir verdad, tanto caso hacían ellos de las amenazas de los pobres diablos que atropellaban, como si nada les dijese: había llegado su audacia hasta el extremo de despreciar hasta á los alguaciles, recibiendo con valor estoico los zurriagazos con que éstos se lisonjaban hacerlos volver atrás, pero perdieron el tiempo, la paciencia y los zurriagazos; pues los tales hombres seguían impávidos su camino devolviendo con usura á diestro y siniestro los golpes que recibían. Sin hacer caso de gritos, ni de amenazas, ni de lamentaciones, continuaban su

camino lentamente, pero con no interrumpido paso, empujando al pueblo con el pecho de su caballo, cual un navío corta la mar con su proa abriéndose paso entre las olas que tras él vuelven á juntarse: de este modo llegaron bastante á tiempo para ver pasar la comitiva; todo el mundo creía que aquellos entes originales se contentarían con verla desfilar tranquilamente: ¡vanas esperanzas! porque así que la reina Isabel llegó á su lado, el que tenía las riendas recibió, al parecer, una orden de su camarada. Esta orden fué tan pronto ejecutada como recibida, pues con una agilidad sorprendente descargó dos sendos bastonazos en la cabeza y en la grupa de los caballos de la milicia urbana que les obstruía el paso; al verse así tratados los animales, el uno se adelantó, como era natural, y el otro reculó; este movimiento produjo cierta especie de brecha en las filas de los ciudadanos armados. Aprovechándose de esta circunstancia los condes, se plantaron en medio de la comitiva y pasaron tocando con el caballo de la duquesa de Turena, que asombrado con tan brusca aparición, hubiera sin duda dado en tierra con su señora, á no ser por la oportunidad con que el señor de Craón lo sujetó en el momento en que iba á encabritarse. Nuestros hombres, sin hacer

caso de este incidente, se precipitaron hacia la reina atropellando y echando á rodar al paraíso sobre el infierno, á la muerte sobre el purgatorio y á las virtudes cristianas sobre los pecados mortales. Gracias á tanta audacia, llegaron al lado de la litera en medio de la gritería del pueblo, quien los tenía por locos, ó cuando menos por gente de mala cabeza; y perseguidos por los duques de Turena y de Borbón, que espada en mano acudían á defender á la reina suponiéndoles no muy buenas intenciones.

Tanto estrépito no dejó de causar serios temores á la reina. Ignoraba aun la causa de semejante alboroto, cuando se presentaron á su vista los dos culpables en el espacio que mediaba entre los que llevaban el palio y la litera. Su primer movimiento fué el echarse hacia atrás: mas el caballero que venía á la grupa le dijo algunas palabras á media voz, y quitándose su capuz soltó de él una gruesa cadena de oro enriquecida con flores de lis de diamantes y la pasó alrededor del cuello de la reina, quien se inclinó con la mayor amabilidad para recibir aquel regalo: hecho este, metió espuelas al caballo el desconocido, que partió como una flecha. Casi al mismo tiempo llegaron los duques de Turena y de Borgoña blandiendo

las espadas y gritando: ¡ mueran, que mueran los traidores! pues solo habían visto de lo pasado el que Isabel había caído en poder de los desconocidos. Como el pueblo estaba tan apiñado, era más que probable que éstos fuesen alcanzados, con tanta más razón, cuanto que tenían que vencer la misma resistencia para salir de la calle que la que habían encontrado para penetrar en ella. Todo el mundo se temía una catástrofe; mas la reina, viendo lo que se trataba, levantándose en la litera y extendiendo los brazos hacia su cuñado y su primo, gritó:

— Señores, ¿ qué vais á hacer? ¡ Es el rey!... les dijo.

Paráronse los dos duques al instante, temiendo á su vez no sucediese algún accidente á su soberano; así que, enderezándose sobre los estribos, y tendiendo las espadas hacia la turba, con gesto imperativo gritaron:

— Señores, ¡ es el rey!

Y quitándose entonces los capuces, añadieron:

— ¡ Honor y respeto al rey!

El rey, porque en efecto era el mismo Carlos VI el que venía á la grupa de Carlos de Savoyssi, contestó á estas palabras quitándose á su vez el capuz. El pueblo pudo entonces reconocer en sus

cabellos castaños, en los ojos azules, en la boca un poco grande, pero adornada de dos magníficas filas de dientes, en lo galán, y particularmente en el aspecto bondadoso que respiraba toda su persona, pudo reconocer, repetimos, á aquel soberano á quien había conservado el nombre de bien amado conque se saludó el día que subió al trono, á pesar de las desgracias que afligieron á la Francia durante su reinado.

Oyéronse de nuevo los gritos de navidad por todas partes: los pajes y escuderos agitaron las banderas de sus amos y las damas sus pañuelos, y moviéndose entonces con nueva vida aquella serpiente gigantesca que se movía en la inmensa calle de San Dionisio, no hubo uno solo de sus infinitos anillos entrelazados que no se agitase, pues todos hicieron un movimiento común para ver al rey, el que aprovechándose del camino que el respeto le abrió, había desaparecido ya.

Más de una media hora bien larga se necesitó para que el desorden causado por este incidente se calmase: reinaba todavía un resto de agitación en el pueblo, que impedía volverse cada uno á su puesto: el señor de Craón se aprovechó de esta ocasión para hacer notar á madama Valentina que su marido, único que podía abreviar esta detención

volviendo á su lado, la prolongabá, por el contrario, hablando con la reina, pues con esta conversación impedía el que se diese la orden para volverse á poner en marcha. Madama Valentina procuró sonreirse; mas un suspiro mal comprimido que salió de su pecho vino á desmentir lo que sus ojos querían decir, y en seguida añadió con una voz cuya emoción quería en vano ocultar:

— Vos que sois su amigo íntimo, ¿por qué no hacéis esa observación al conde?

— Me guardaré muy bien de hacerlo sin una orden expresa vuestra.

— ¿Olvidáis que su regreso me privaría del privilegio que me da su ausencia de velar sobre vos?

— El verdadero y único guarda es el duque de Turena; pues que esperabais mis órdenes, podéis ir á decirle que le estoy esperando.

Inclinándose entonces Pedro de Craón, fué á llevar el mensaje de madama Valentina á su marido.

Ambos venían ya á reunirse con ella, cuando se oyó salir de la turba un grito penetrante; una joven acababa de desmayarse. Este suceso era demasiado común para llamar la atención de los altos personajes de que vamos hablando. Sin

dignarse siquiera echar una mirada hacia el punto donde había acaecido aquel suceso, colocáronse al lado de la duquesa de Turena; y como si toda la comitiva hubiera estado esperando esta señal, rompió la marcha inmediatamente, marcha que á los pocos instantes vino á interrumpir otra nueva causa.

Tropezó la comitiva al llegar á la puerta del Chatelet de París con un tablado que representaba un castillo de piedra sillería, y en cuyos cuatro ángulos se veían cuatro enormes garitas, por las que se asomaban cuatro centinelas armados de punta en blanco. Todo el piso bajo de este castillo estaba expuesto á las miradas del pueblo, cual si le hubieran quitado las murallas que miraban á la calle: en él había una cama colgada y adornada tan ricamente como la que tenía el rey en su palacio de San Pablo, y en esta cama, que figuraba la cama de justicia, estaba echada una joven, que representaba á Nuestra Señora Santa Ana.

En torno del castillo habían plantado tantos y tan hermosos árboles verdes, que no parecía sino que había nacido allí un espeso bosque; en él corrían multitud de liebres y conejos, y pájaros de todos colores revoloteaban de rama en rama, dejando al buen pueblo con la boca abierta de

admiración, pues no se le alcanzaba cómo podían haberse domesticado hasta tal punto tales animales. La admiración general llegó á su colmo, al ver salir de aquel bosque un hermoso ciervo blanco del tamaño de los que tenía el rey en su palacio, tan artísticamente trabajado, que á duras penas lograba uno persuadirse que era obra del hombre, porque movía los ojos, abría la boca y andaba solo, merced al hombre que iba oculto dentro de él. Tenía los cuernos dorados, y puesta en el cuello una corona, semejante á la corona, real; veíase pendiente de su pecho el escudo azul con las tres flores de lis de oro representando las armas del rey de Francia. Erguido y hermoso se dirigió el animal hacia la cama de justicia, separó con su pata derecha la espada, símbolo de aquella, y levantándola en el aire la hizo temblar. No bien había hecho este ademán, cuando se vieron salir por la parte opuesta del bosque un león y un águila, símbolos de la fuerza, que violentamente intentaron apoderarse de la espada; mas no bien se habían dirigido hacia el ciervo, cuando se presentaron doce jóvenes doncellas vestidas de blanco, con un rosario en una mano y una espada desnuda en la otra, símbolos de la religión, que rodeándolo se pusieron en actitud de defenderlo.

I.

29987

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

En vano intentaron el león y el águila llevar á cabo su empresa, pues vencidos tuvieron que volverse á ocultar en el bosque. Abriéndose entonces aquel baluarte vivo que defendía la justicia, se dirigió gentilmente el ciervo á echarse de rodillas delante de la reina, quien le acarició con la misma amabilidad con que solía hacerlo con los que el rey tenía en palacio. Mucho gustó, según cuentan, á la reina y á los señores de su comitiva esta invención.

Ya había anochecido, porque el lento paso con que tuvieron que andar y los diferentes espectáculos escalonados en toda la extensión de la carrera, habían retardado mucho la marcha de la comitiva; al fin estaba ya cerca de Nuestra Señora, adonde se dirigía la reina. Restábale tan solo pasar el Puente-au-Change, y á nadie se le ocurría ya que pudiesen haber preparado nada de nuevo, cuando un espectáculo inesperado y maravilloso vino á sorprender á todos. Un hombre se apareció en la veleta de la torre de Nuestra Señora con una antorcha en cada mano, viósele andar por una cuerda tan fina que costaba trabajo el distinguirla, y bajando por encima de los tejados de las casas, como quien se desliza milagrosamente por el aire, vino después de una porción de rodeos y vistosas

suertes á colocarse sobre una de las casas contiguas al puente. La reina le prohibió al verlo que se volviese por donde había bajado, temiendo alguna desgracia; mas él, sin hacer caso de las tales órdenes, conociendo sin duda la razón por qué habían sido dadas, volvió á subir de espaldas para dar siempre frente á la reina, y de este modo llegó hasta lo alto de la torre de la catedral y desapareció por una de sus ventanas. La reina preguntó quién era aquel hombre tan ligero y tan diestro, y la contestaron que era un genovés, maestro en toda clase de juegos.

Durante esta última maravilla, un considerable número de mercaderes de pájaros, con una caja llena de gorriones, se habían reunido y colocado en el camino mismo que debía traer la reina; cuando la comitiva llegó á pasar por su lado abrieron la caja y soltaron los pájaros. Antigua costumbre era ésta, que hacía alusión á la esperanza que el pueblo abrigaba siempre de que un nuevo reinado daría vuelo á nuevas libertades: la costumbre se ha perdido, pero la esperanza aun sigue.

El obispo de París, revestido con mitra y estola, casco y coraza de Nuestro Señor, el cabildo de la catedral y los diputados de la Universidad, reci-

bieron á la reina en las gradas de la catedral, agraciándola con el título de hija querida que le daba el rey por el privilegio de asistir á las coronaciones. Bajóse entonces la reina de la litera, siguieron las damas de su comitiva, los caballeros entregaron sus cabalgaduras á sus pajes y escuderos, y acompañada de los duques de Turena, de Berry y de Borgoña, entró en la iglesia precediendo al obispo y al clero, que habían entonado en alta voz himnos en alabanza á Dios y á la Virgen Santísima.

Al llegar al altar mayor se arrodilló devotamente Isabel, en donde después de haber rezado sus oraciones, regaló á la iglesia de Nuestra Señora los cuatro paños de oro y la corona que los ángeles habían colocado sobre su cabeza en la segunda puerta de San Dionisio. Los señores Juan de la Souvière y Juan de Mervier trajeron para sustituirla otra más hermosa y más rica, semejante á la que el rey usaba cuando se sentaba en el trono. Cogióndola entonces el obispo por la flor de lis que la cerraba, y sosteniéndola con la mano los cuatro duques, la colocaron suavemente sobre la cabeza de Isabel. Estrepitosa gritería retumbó entonces por todas partes; solo desde aquel momento podía decirse que Isabel era reina de Francia.

La reina y su comitiva salieron entonces de la iglesia y subieron como antes en las literas, palafrenes y caballos; seiscientos servidores esperaban en ambos lados á la comitiva con seiscientas antorchas tan brillantes, que parecía que el sol alumbraba todavía en la calle. De este modo fué conducida la reina al palacio de París, donde la esperaba el rey, la reina Juana á su derecha y la duquesa de Orleans á su izquierda. Al llegar Isabel á su presencia hincó, así como en la iglesia, una rodilla en tierra en señal de que reconocía por señor suyo, á Dios en el cielo y al rey en la tierra. El rey, levantándola, la estrechó en sus brazos. El pueblo repitió sus gritos de navidad, porque al verlos tan unidos, tan jóvenes y tan hermosos, creyó que los dos ángeles tutelares de la Francia habían bajado de la izquierda y de la derecha del Señor.

Despidiéronse entonces todos del rey y de la reina para retirarse cada uno á su alojamiento: solo quedaron en palacio los que pertenecían á él, y en la calle el pueblo, que debajo de las ventanas continuó con sus gritos de navidad, hasta que desapareció el último paje detrás del último caballero; cerráronse las puertas, las luces que ardían en la plaza se apagaron poco á poco, la

turba se desbandó por mil calles divergentes, que cual otras tantas venas y arterias, llevan la vida á todas las extremidades de la capital : al poco rato todo aquel bullicio y estrépito se redujo á un sordo murmullo, y este murmullo se apagó poco á poco. Una hora después todo era silencio y obscuridad ; oíase solo el vago y sordo rumor que se compone de esos sonidos nocturnos indefinibles que parecen la respiración de un gigante profundamente dormido.

Nos hemos detenido tanto en la entrada de la reina Isabel en la ciudad de París, con los personajes que la acompañaban y con las fiestas con que fué recibida no sólo para dar conocimiento á nuestros lectores de los usos y costumbres de aquel tiempo, sino también para manifestarle cuál fué el origen de los amores funestos y de aquellos rencores mortales, que habiendo nacido aquel día alrededor del trono, tímidos y débiles cual lo son los ríos en sus manantiales, los veremos ahora agitarse con todos los vientos, engrandecerse con todas las tempestades, y fatales atravesar la Francia, donde dejarán profundas huellas asolando con su desencadenamiento todo un reinado.

II.

Odetta.

No hay romancero historiador que haya dejado de hacer su amplificación metafísica sobre las causas mínimas y los grandes efectos ; es imposible sondear las profundidades de la historia y los dobleces del corazón sin quedarse aterrado al ver cuán fácilmente el menor accidente, que en un principio pasó sin que nadie sospechase su existencia en medio de la de otros infinitos acontecimientos de poca monta que componen la vida, puede al cabo de cierto tiempo llegar á ser una catástrofe hasta para un imperio ; así que, el estudio más interesante del poeta y del filósofo es penetrar en uno de esos grandes acontecimientos que la historia nos presenta como el cráter de un volcán apagado, y siguiendo todas sus ramificaciones, subir hasta su origen. No puede negarse que aquellos cuyo genio les induce á practicar semejantes investigaciones, y que en efecto se entregan á ellas por largo tiempo y con extremada afición, se exponen á cambiar,